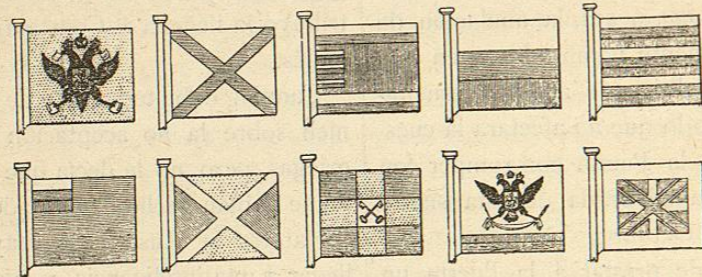


fiaba de todo el mundo y no creía posible ese concierto europeo que buscaban las potencias para resolver la cuestión griega; así creía que había de ser la Inglaterra por sí sola la que tomara la cuestión por su cuenta, la única que había de intervenir, y quién sabe lo que hubiera ocurrido dado este modo de ver y el desfallecimiento de Metternich, para quien era ya claro que la cuestión de Oriente se había de resolver en Londres, sin un grande é inesperado acontecimiento que cambió de súbito el aspecto de las cosas, Alejandro, el grande emperador, el pacificador de Europa, el hombre que durante algunos años había mandado en ella con más eficacia de lo que lo hacía Napoleon cuando exigía la obediencia con sus soldados, falleció en Taganrog el 1.º de Diciembre, arrebatado por una

fiebre gástrica. La cuestión de Oriente iba, pues, á entrar en una nueva faz.

Alejandro antes de morir, ó mejor cuando estaba ya en las ansias de la muerte, tuvo la seguridad de que sus funerales iban á ser sangrientos, pues pudo enterarse y convencerse de que Rusia, como España, Italia y Francia iba á tener su sublevación militar, de modo que él que tan fuertemente había trabajado para extirpar el virus revolucionario, no había podido impedir que atacara su imperio, y sin embargo, el hombre que se iba á la tumba hubiera podido contribuir al pacífico advenimiento de su sucesor y nada hizo para ello.

Debíale heredar su hermano Constantino, pero éste, hijo de Pablo I, no mostró nunca disposición ni voluntad alguna para el imperio, cuyas responsa-



Banderas de la marina rusa

bilidades asustaban á su tornadizo y violento carácter; así, voluntariamente, renunció al trono por medio de una carta privada á su hermano Alejandro en 1807, carta que éste hizo depositar original en la Catedral de Moscou dejando copias de ellas selladas en el Senado y en el gobierno destinadas á abrirse el día de su muerte.

Constantino se había retirado á Polonia con su esposa segunda, una bella polonesa, y en Varsovia vivía bien ajeno de pensar que iba á ser emperador por unos días mal de su agrado, porque de esta renuncia sólo tenía conocimiento el príncipe Galitzine y éste en vano pidió al tsar que hiciera pública tal renuncia ni aun al verse en peligro de muerte.

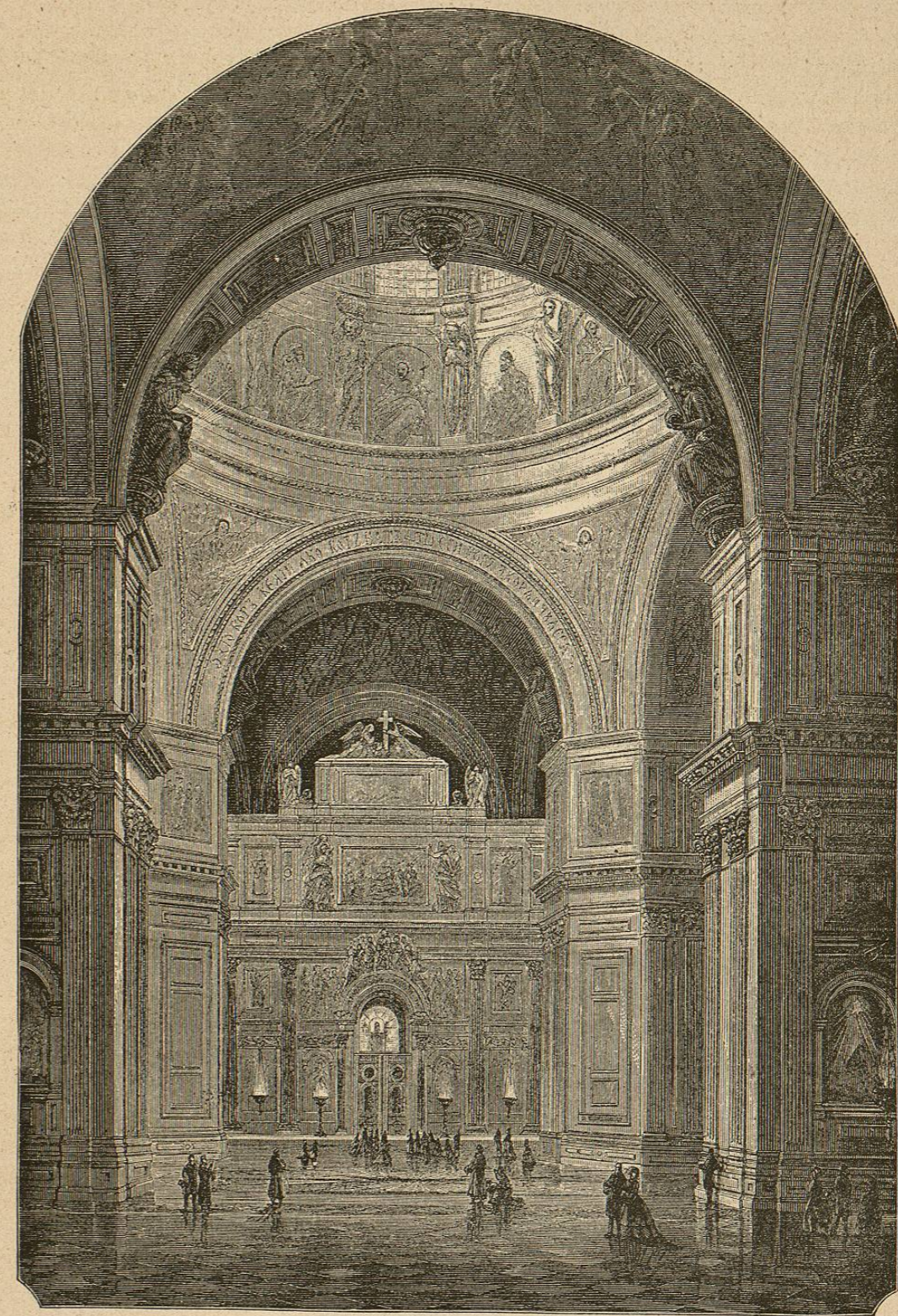
Murió Alejandro cuando las sociedades secretas que habían organizado la revolución se habían decidido á obrar y cuando se había ofrecido á asesinar al emperador un coronel del ejército ruso.

Las sociedades secretas perseguidas como ya hemos contado en 1821 y 1822, se habían visto fuertemente contrariadas en su desenvolvimiento, sin que por esto se hubiese conseguido extinguirlas, que esta es planta que una vez echa raíces es muy difícil de exterminar. Así lo mismo en Rusia que en Polonia, á pesar de las severas disposiciones dicta-

das contra los conspiradores y las sociedades secretas, unos y otras continuaron y progresaron extendiéndose por todo el país, reclutando sus adeptos en las filas de los jóvenes militares que continuaban suspirando por una revolución constitucional, habiendo llegado á formular la terrible conclusión de que nada conseguirían si previamente no desembarazaban á Rusia de la familia reinante.

Si en Polonia la *Sociedad patriótica* continuó con el anciano Saltyk, auxiliado por el príncipe Iablonovski y el teniente coronel Krzyanovski: en Rusia la *Sociedad del bien público*, cuyos antecedentes también conocemos, se continuó por otro Mouraviev capitán de Estado mayor de la guardia, por el príncipe Obolenski y por Tourguenev. En el Mediodía los que estaban al frente de la conspiración eran Pestel, Youchnevski, Sergui, Mouraviev, etc., que tenían su centro en Toulchine. Las sociedades rusas y polacas pusiéronse en relaciones por haber descubierto Bestouchev-Roumine que las sociedades polacas tenían un Comité en Kiev presidido por Grodecki,—1824,—y por este mismo tiempo las sociedades del Mediodía de Rusia enviaban al Norte á Pestel para establecer análogas relaciones.

En San Petersburg quedaban de las antiguas aso-



RUSIA.—Interior de la Catedral de San Isaac

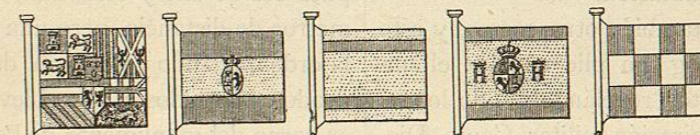
ciaciones, aislados y sin dirección, los Mouraviev, los Bestouchev, el príncipe Troubestskoi, etc., quienes, sin embargo, formaban un núcleo de descontentos de los que era alma Conrado Ryleyev.

Pestel, coronel del regimiento Vyatka, de guarnición en Toulchine, era un hombre tan audaz como pretencioso. De ideas socialistas, quería regenerar la Rusia destruyendo la familia imperial y dando al pueblo las tierras que cultivaba. Políticamente era difícil de definir, y así sus amigos y admiradores le han presentado ora como un Washington, ora como un Napoleón: para los de San Petersburg era esto, pues Pestel se les presentaba como un dictador al querer concentrar bajo su dirección todas las sociedades secretas. La capital es siempre la capital y

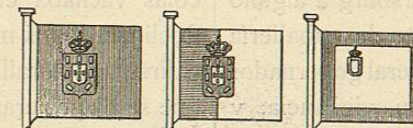
los revolucionarios de San Petersburg no podían resignarse á ser mandados por los revolucionarios de provincia, así no se entendieron para nada, pero no por esto quedó infructuoso el esfuerzo hecho por Pestel, pues de las conferencias resultó que reanimado el ardor de Ryleyev y puesto de acuerdo con Alejandro Bestouchev, dieron al trabajo revolucionario mayor extensión,—últimos de 1824.

Bien pronto el círculo de San Petersburg contó con un núcleo de personalidades de nota y de oficiales de la marina de la guardia, adictos todos al cambio político que todas las asociaciones preparaban.

En Toulchine, el centro de la conspiración, el movimiento tenía verdadera importancia. Pestel po-



Banderas de España



Banderas de Portugal

señalaba la confianza del general en jefe del ejército allí acantonado, pues era su ayudante, y en la intendencia, Ionchnevski intendente general y amigo de Pestel, trabajaba y vigilaba como éste. Así no tardaron entrambos amigos en tener á su disposición á los generales Volkonski y Viesen y á los coroneles Artamon Mouraviev, Narychkine, Chveikovski, Abramov, Tierenhausen y Vranitzkoi y á los tenientes coroneles Sergui y Mateo Mouraviev. La conspiración era, pues, ya demasiado poderosa y extensa para que no se descubriera, siendo por consiguiente imprescindible pasar á la acción sino querían perderse miserablemente; esto lo comprendían todos, y tanto más se convencieron de dicha necesidad al verse positivamente descubiertos como lo indicaba el haber sido relevado del mando de su regimiento Chveikovski. Ofrecióse entonces Artamon Mouraviev, que era coronel de húsares, á presentarse á Taganrog y asesinar al emperador, cuando llegó la noticia de su fallecimiento, con lo cual se suspendió el movimiento para concertarlo de nuevo.

Ignorándose, como ya hemos dicho, la renuncia del gran duque Constantino, el gran duque Nicolás

que debía ser el emperador, se apresuró á prestar en la capilla de palacio el juramento de fidelidad á Constantino,—9 de Diciembre,—habiendo llegado tarde Galitzyne que iba á revelar el secreto. Como se ignoraba cual sería la actitud de Constantino, pues legalmente su carta al emperador no tenía valor alguno, todo el mundo esperaba que se resolviera, pero ínterin se corrían las órdenes de prestar juramento á todas partes, el arzobispo de Moscou lo prestó á su vez sin hacer objeción alguna,—11 de Diciembre.

Nicolás en San Petersburg, por su posición estaba de hecho al frente de un verdadero gobierno de interregno, pero en la mayor incertidumbre, pues Nicolás no estaba en modo alguno dispuesto á perjudicar á su hermano caso que éste quisiera recoger su carta, pero Constantino estaba resuelto á no ser emperador, y por consiguiente, tan pronto supo el fallecimiento de su hermano, se apresuró á escribir á su hermano Nicolás renovando su disenterio, de suerte, que el mismo día que el gran duque Nicolás le prestaba el juramento de fidelidad, el gran duque Miguel salía de Varsovia con la renuncia de Constantino.



Aun así y todo, Nicolás no quiso decidirse, fuera por escrúpulos de conciencia ó por temor. Nicolás quería que su hermano hiciera una renuncia solemne y á este fin se envió al correo Byelousov á Varsovia. Cruzóse éste en el camino con el de Constantino que llevaba á Nicolás una nueva renuncia suya, motivada por la notificación que se le había hecho del juramento que le había prestado Nicolás, y aunque ahora eran ya innecesarios mayores respetos, así y todo quiso Nicolás que se aguardase á que regresara Byelousov, quien, en efecto, llegó el 24 de Diciembre, no con el duque Constantino, sino con otra renuncia suya por si no eran bastantes las que ya había mandado. Con esto se desvanecieron todos los escrúpulos de Nicolás, que señaló el 26 de Diciembre para su proclamación.

Con Byelousov llegó también otro correo, y este correo venía de Taganrog con pliegos para el emperador del barón Diebitch, revelándole todo lo que se sabía allí de la conspiración militar. Como Diebitch señalaba á Toulchine como centro del complot nombrando solo para San Petersburg á alguno de los conspiradores y el regimiento de caballería de la Guardia, se dió órdenes al general gobernador Miloradovitch de que extremase su vigilancia, y de esto se enteraron los conspiradores por lo mismo que el capitán Iakoubovitch, que era de la conspiración merecía toda su confianza.

Los conspiradores no supieron lo de la renuncia del gran duque Constantino hasta ver en San Petersburg al gran duque Miguel, y entonces creyeron que para ellos no había mejor bandera que la de Constantino, y en efecto, desde el día 20 lo apresuraron todo para el movimiento, poniendo á su frente al príncipe Troubestkoi, que ya en 1612-1613 había disputado su familia á la familia reinante el trono de Rusia.

De todo esto Miloradovitch no se enteró de nada, y aunque llegó á tener noticia de las reuniones de oficiales, aconsejó que se dejase en paz á esos jóvenes para que leyeran en ellas sus malos versos. Pero un joven oficial, Jaime Rostrozov, ayudante del general de infantería de la guardia Bystroem, se asustó y denunció todo lo que se tramaba y en su consecuencia se tomaron precauciones para el día de la proclamación.

Todo parecía ir bien, pues los cuerpos de la guarnición iban jurando uno tras otro, cuando el regimiento de Moskva, en el que estaban los hermanos Bestouchev, sale por estos sublevado pasando por encima de los generales Friedrichs y Chenchine que se oponían al motín, quedando heridos. Apenas

llegaron á la plaza de Pedro el Grande se colocaron al rededor del monumento de este emperador, á donde á poco se les fué á juntar el batallón de la marina de la guardia.

Iniciado el movimiento con tanta audacia, Nicolás llamó á sí á los regimientos que ya le habían prestado fidelidad, mandando en seguida á Miloradovitch que se presentase á los amotinados para exigirles la obediencia, pero el bravo y buen gobernador de San Petersburg, lo que fué allí á buscar fué la muerte, siendo asesinado de un pistoletazo por el teniente Kachovski.

Era pues, necesario, dejar que el cañón obrase y á ello no podía resolverse Nicolás. Diez veces sus generales le arrancaron la orden de romper el fuego pues los de uno y otro bando estaban á cincuenta metros de distancia, pero una y otra vez suspendió la orden, cuando ya el gran duque Miguel tenía rodeados y cortados á los sublevados que continuaban en torno del monumento de Pedro el Grande sin tomar resolución alguna, pero es lo cierto que si Nicolás vacilaba era porque no estaba seguro de la fidelidad de los mismos que le aclamaban, así al decidirse á ametrallar á los revoltosos, dió orden para que se dispusieran los carruajes para que su familia pudiera partir y que estuviera pronto para acompañarla el regimiento de caballería de la Guardia.

Esto dispuesto y después de intentar atraer á los revoltosos á la obediencia ofreciéndoles el perdón por el metropolitano Seraphime sin resultado, dió orden de romper el fuego, y como el artillero encargado de disparar el primer cañonazo vacilase, el teniente Bakouine tuvo que hacer obedecer al artillero levantando contra él su sable.

Algunos metrallazos bastaron para dispersar á los amotinados, fugándose los jefes y yendo á parar á sus cuarteles los pobres soldados que habían estado victoreando á la Constitución toda la mañana, creyendo victorear á la esposa de Constantino.

¿Qué sucedió en Toulchine?

Diebitch, de la misma manera que había avisado al emperador, había dado aviso al general Wittgenstein, quien tomó sus precauciones, mientras Pestel y otros eran reducidos á prisión por orden expresa de Diebitch,—26 de Diciembre.—Cuando los soldados de Sergio Mouraviev vieron preso á su jefe se amotinaron y le pusieron en libertad. Entonces Sergio quiso llevar á su gente á Kiev para pronunciar su guarnición, pero ya en camino le principió á dispersarse su tropa, siendo alcanzado el resto del regimiento el 16 de Enero de 1826 por los generales Roth y Geismar entre los pueblos de Olstinovka

y Korolevka, muriendo en el combate Hipólito Mouraviev, siendo entonces entregado por los mismos que le habían salvado Sergio Mouraviev y Mateo, que tan triste fué el destino de los tres hermanos.

Ya veremos más adelante las consecuencias de esos motines militares para Rusia, ahora es necesario que volvamos á los asuntos de Grecia.

La ansiedad de Europa durante todos esos acontecimientos fué grande, sólo en Viena reinaba la mayor tranquilidad. Mientras en Grecia y Constantinopla se veía en Constantino al hombre de la guerra, Metternich decía que éste era el hombre de la paz, porque Constantino era el menos liberal de todos los hijos de Pablo I, y siempre se había mostrado conforme con el modo de ver de Austria. Cuando se supo que el emperador era Nicolás, la confusión sucedió en todas partes á la confianza, porque el joven emperador, que no había previsto su elevación al trono, no tenía camarilla que divulgara sus sentimientos ó le diera los suyos propios, en suma se ignoraba su modo de pensar.

Metternich, cuando supo lo que había ocurrido en San Petersburg y en Toulchine, se serenó. Veía claro como se lo decía á Hatsfeld «que una guerra, emprendida en favor de un principio revolucionario y por medio de un ejército trabajado por los revolucionarios, era cosa imposible para el emperador, puesto que, después de la paz, ésta no podía tener para él otra consecuencia que la revolución en el corazón del imperio. De modo que hasta en interés mismo de Rusia, el tsar había de abstenerse de emprender la guerra.»

Metternich tenía, además, para no desesperar, un gran auxiliar en San Petersburg. Canning, sin duda para conocer las intenciones ocultas de las potencias orientales, había enviado á lord Strangford nada menos que de embajador á San Petersburg, con órdenes de procurar de acuerdo con Rusia, la manera de intervenir en Grecia. A Strangford le faltó tiempo para proponérselo á Nesselrode, pero se anunció también á Francia y á Austria, lo que Nesselrode lo mismo que Alejandro vieron con gusto, pero en medio de estos trabajos fallece el emperador.

Canning, cuando supo lo hecho por su embajador le desautorizó de plano, diciéndole que era con Rusia sola con quien debía entenderse, pero ya con esto Metternich, dándose aires de triunfador, había escrito censurando la política de Alejandro y de Inglaterra, «á la que veía ahora con satisfacción entrar por el buen camino,» y en esto pudo Canning convencerse de que era necesario dejar á un lado á

Austria y á Metternich, para quien era siempre un peligro político la cuestión de Oriente.

Canning continuó su fina política enviando nada menos que á Wellington á San Petersburg para felicitar al nuevo tsar, nombramiento que puso fuera de sí de contento á Metternich, que veía en esto una prueba más de la adhesión de Canning á su política, porque Metternich continuaba ignorando la reprensión de que había sido objeto Strangford; de modo que nunca consideró tan seguro el triunfo de su política, que consistía en dar á Turquía todo el tiempo necesario para que pudiera aplastar la revolución griega, y esto cuando Wellington iba á San Petersburg para rogar al nuevo emperador que dejase que Inglaterra interviniera entre ella y Turquía y entre Turquía y Grecia, es decir que cuando Metternich se entusiasmaba por el nombramiento de Wellington, éste iba á San Petersburg con instrucciones previas para dejar de lado á Austria.

Empero Canning exigía de Rusia que en ningún caso ésta declarara la guerra á Turquía, lo que era realmente ofensivo para el tsar, pues se quería que éste declarase su incapacidad, pero Canning sabía que su primo se había visto con Miaoulis, Maurokordatos y otros al dirigirse á Constantinopla y que éstos le habían declarado que Grecia renunciaba á sus pretensiones á una independencia completa, y por consiguiente estaba seguro de llevar á Grecia á una inteligencia con Turquía, pero no quería que Rusia por despecho convirtiera entonces la cuestión de los Principados en un *cassus belli* y comprometiera la posición que Grecia se había hecho en Oriente.

Nicolás comprendiendo de qué manera se le quería suplantar, obrando con una habilidad sorprendente, convenció á Wellington de que á él le era indiferente la situación de Grecia, que era una cuestión que interesaba á las potencias y no á Rusia sola, y que por lo que tocaba á las cuestiones entre Rusia y Turquía, éstas no podían dejar de arreglarse amistosamente; Wellington y Metternich cayeron en el lazo, pero no así Canning que comprendió que Rusia iba á devolverle la pelota á Inglaterra demostrándole que sabía obrar por su propia cuenta, así creía ya inminente la guerra. Canning no se equivocó y Rusia envió su *ultimatum* á la Puerta pidiendo imperiosamente el restablecimiento del estado de cosas anterior á 1821 en los Principados; la libertad de los magnates servios retenidos en cautiverio como rehenes de la tranquilidad pública de aquella provincia, y el nombramiento de comisionados de la Puerta y de Rusia para que en un